

EXEQUIAS FUNEBRES

CELEBRADAS

POR EL COLEJIO DE MISIONES

DE LA CIUDAD DE CALI,

EL DIA 3 DE SETIEMBRE DE 1851,

EN HONOR DE SU BENEMERITO HIJO I MORADOR

EL ILUSTRISIMO S.^R D.^R FRAI FERNANDO CUERO I CAICEDO,

ESCLARECIDO OBISPO QUE FUE DE ESTA DIOCESIS,

HABIENDO SIDO CINCO VECES GUARDIAN I UNA VICARIO DEL REFERIDO COLEJIO.

FALLECIÓ EL DIA SIETE DE AGOSTO DEL MISMO AÑO.

BOGOTA.

IMPRESA DE ECHIVERRIA HERMANOS.

CARRERA DEL NORTE—CALLE 2.^ª—NUM. 80.

INTRODUCCION.

El Colejio de misioneros franciscanos de San Joaquin de Cali, tiene la satisfuccion de presentur al público, el obsequio fúnebre que consagró a la memoria del apreciable Prelado el señor Doctor Frai Fernando Cuero i Caicedo, sujeto que por sus virtudes, sus luzes i sus importantes servicios a la Iglesia i a la patria, es altamente acreedor a los respetos i a los mas gratos recuerdos.

A las nueve i media de la mañana del citado dia, se presentó en el templo de San Francisco, un magnífico monumento que constaba de un obelisco proporcionado a la cúpula del templo, i a su alrededor, cuatro columnas del órden corintio, imitando el alabastro, con otras cuatro pirámides pequeñas que correspondian a la altura de los pequeños obeliscos, donde estaban ocho láminas de mui buen gusto, conteniendo cada una de ellas piezas poéticas que espresaban el vivo sentimiento que la muerte del Señor Cuero ha producido jeneralmente.

I con asistencia del Señor Gobernador i demas empleados i corporaciones en traje de luto, de la guardia nacional i de un inmenso concurso que ocupaba todo el templo, cantados los divinos oficios i la misa, durante la cual se hicieron algunas salvas por la tropa, pronunció el reverendo padre frai Damian González, la oracion fúnebre que a continuacion publicamos.

ORACION FUNEBRE.

Sit memoria illorum in benedictione,
et nomen eorum permaneat in eternum.

(Lelec. c. 46. v. 14 i 15).

¡ Cuán incomprensibles i profundos son, señores, los juicios de Dios ! A él solo pertenece el conocer el porvenir i el futuro destino de los hombres, i a nosotros nos corresponde adorar humildemente los impenetrables arcanos de su sabiduría infinita ; esta es una de las grandes verdades que la Religión, de acuerdo con la misma razón, nos enseñan. Sinembargo, hai ciertos acontecimientos en la vida de los mortales tan singulares i tan estraños a la debilidad de la intelijencia humana, que no pueden ménos de confundirnos i sorprendernos, pues que al parecer se hallan mas distantes que todos los demas de la prevision del hombre. Esto es lo que me sucede, señores, en este mismo momento, en que os veo congregados en este santo lugar, con el objeto de escuchar el elojio fúnebre del mui esclarecido i M. R. Prelado que fué de esta Diócesis, el Sr. Dr. Fr. Fernando Cuero i Caicedo. Apénas han trascurrido pocos meses despues que el Sr. Cuero anunció en este mismo púlpito cristiano las verdades evangélicas, ¡ i hubiera creído yo, que, dentro de tan poco tiempo, tendría que subir a la misma cátedra sagrada para tributar a su memoria este lamentable deber ? ¡ Oh profundidad de los secretos de la sabiduría divina ! ¡ quién será capaz de penetrarlos ? Solo el Supremo Hacedor, que ha dado la existencia a todas las criaturas, puede conocer el término que les ha fijado, i este término ignorado de ellas mismas, puede estar distante o cercano ; pero deben llegar a él indefectiblemente, dejando de existir alguna vez en la tierra: esta es la

reflexion que me sujere el asunto de que me ocupo. No, no hai cosa mas instable que la vida humana, i los bienes que la acompañan; todo pasa, i todo se desvanece; los talentos, la gloria, los honores, todo se disipa como el humo, i huye como la sombra, todo queda sepultado en la tumba i reducido a cenizas, i aun estas mismas cenizas consumidas con el tiempo, i convertidas en yo no sé que otra cosa, nos convencen hasta la evidencia de que todo es nada.

Si las grandes cualidades personales, las dignidades, la fama, las estimaciones i distinciones del mundo, fundaran un motivo razonable para alabar a los hombres, yo hallaria en la vida del Sr. Cuero un abundantísimo caudal para enriquecer i para adornar su elogio; porque él poseyó, vosotros lo sabeis mui bien, todas estas ventajas en mui alto grado, siendo uno de los sujetos mas notables que ha habido en la República, habiendo llenado de honor a su familia i de lustre a Cali que le vió nacer, i siendo tambien el mas glorioso timbre de este Colejio de Misiones que se precia de haberle tenido por hijo i morador. Pero un orador cristiano no debe tomar por objeto de alabanza lo que es puramente temporal, lo que el tiempo que todo lo arrebatara i destruye, da a conocer al fin que todo era vanidad, todo nada, haciendo perder hasta la memoria de todo lo pasado. Léjos de nosotros el hacer mérito de unos bienes caducos i transitorios en la misma cátedra cristiana destinada a inspirar en los corazones el desprecio de sus bienes: esto ademas de profanar el santo ministerio, ofenderia la memoria respetable de un justo, que, como el Sr. Cuero, despreció altamente las vanidades terrenas, haciendo consistir, a imitacion del Apóstol, toda su felicidad en renunciarlas por ganarse a Jesucristo. No, señores, yo no formaré su elogio sino de lo que verdaderamente forma su mérito: el fondo de piedad cristiana que adornó al prelado que lloramos, me suministra una materia mui copiosa para encomiar sus

acciones, i para inspiraros con su ejemplo, el amor a la virtud; esta es la que únicamente puede ser la verdadera gloria i la verdadera dicha de los hombres. I es de los varones justos de quienes el divino espíritu nos dice en el lugar que he citado por testo: "que su memoria debe estar llena de bendiciones, i que su nombre debe permanecer eternamente." *Sit memoria illorum in benedictione, et nomem eorum permaneat in eternum.*

Las mas brillantes grandezas no son sino una ilusion, una apariencia, sin el temor de Dios; pero con este adquieren un realze que las hace reales i verdaderas. La gran virtud relijiosa del Sr. Cuero que le hizo consagrar a Dios todas las acciones de su vida i que immortalizará con gran razon su nombre i su memoria, es el asunto del discurso que ocupará vuestra atencion en este rato; i para ceñirme a una idea determinada, considerando al Señor Cuero en los principales estados de su vida, esto es, como relijioso, como sacerdote i como pontífice u obispo, os manifestaré cuan recta i cristianamente desempeñó los deberes de sus estados: en una palabra, os haré ver que fué un relijioso ejemplar, un sacerdote fiel, i un obispo todo apostólico. Nada diré que no sea demasiado cierto; no exajeraré los hechos, dándoles un realze que no tengan, i me hallo convencido de que solo el esponerlos simplemente, os hará conocer el grande mérito de nuestro ilustre prelado.

PRIMERA PARTE.

Dios, cuya sábia i paternal providencia, destina a cada uno de los hombres, desde que empieza a existir, al estado en que conoce puede santificarse i salvarse, cuida de inspirarle, desde luego, la inclinacion i amor a aquel estado, dándole al mismo tiempo las capacidades necesarias para profesarlo digna i provechosamente. Esta verdad que comprende a todas las profesiones i condiciones de la vida, se verifica singularmente en la profesion del estado relijioso; hablando el Señor por Isaías,

con el alma a quien quiere santificar en el interior de su santuario, le dice: “te he tomado por la mano, te he llamado i escojido para mí; no temas porque yo estoy contigo.” (1) El llamamiento que Dios hace al hombre a la vida regular, se deja ver en el jenio, en las disposiciones, en las costumbres i en mil circunstancias que concurren a facilitarle el corresponder a su vocacion. En el esclavizado Sr. Cuero se vió realizada esta verdad mui clara i palpablemente: parece que él no nació sino para el estado relijioso, i que Dios no le formó su corazon sino para consagrarlo al mismo Dios con todos sus afectos en el retiro del claustro. Aun están recientes entre sus beneméritos parientes las noticias de la probidad, la bondad, la rectitud i solidez de su juicio, de la inclinacion a las prácticas piadosas i demas preciosas cualidades que aun en medio de los pasatiempos de la puericia, adornaban al jóven Fernando; cualidades que lo conducian como por la mano, a la casa del Señor, para vivir entre sus siervos i domésticos. Al ver la madurez i la cordura que lo distinguia, bien hubiera podido decirse de él lo que dice de Tobías el historiador sagrado: “que aun siendo mui jóven, no procedia como tal” (2) porque tenia la sensatez de la edad proyecta. *Cum esse junior omnibus, nihil tamen puerile gesit in opere.* Desde entónces, a pesar de hallarse acariciado de la fortuna; a pesar de haber nacido, por decirlo así, en el seno de la abundancia i del regalo; i a pesar de ser el ídolo de sus parientes i amigos, el claustro relijioso era el objeto de sus mas vivos deseos, anhelando por vestir el humilde sayal de mi Seráfico Patriarca. Sus ilustres padres, el Sr. Antonio Cuero i la señora Javiera Caicedo, que como tan cristianos i piadosos, se habian esmerado en darle una educacion piadosa i cristiana, inspirando en su tierno corazon el amor i temor de Dios de que estaban ellos penetrados, al descubrir en él estas santas inclinaciones, no vacilan un mo-

(1) Isai. cap. 42. v. 9, 10.

(2) Tobías, cap. 1. v. 4.

mento en dar a Dios lo que Dios queria para sí. I miéntras se hallaba en estado de cultivar las ciencias mayores, lo dedicaron a su servicio en este Colejio de Misiones, donde tomó el hábito. Bien dignos de compararse son con la madre de Samuel, que conociendo ser del agrado de Dios que su hijo se formase en el templo i bajo la dirección del sacerdote Helí, para que fuese su profeta i promoviese la gloria de su nombre, se resuelven a ofrecerlo a la casa del Señor, i dice: "llevaré a mi hijo al santuario i lo presentaré delante del Señor." (1)

En el noviciado de este colejio, fué donde el jóven Fernando recibió las primeras instrucciones de la vida relijiosa, bajo el majisterio del R. P. Fr. Pedro Herrera, maestro de novicios en ese tiempo, avivando mas i mas en su corazon el espíritu relijioso con los edificantes ejemplos del mismo P. Herrera i demas santos moradores de que abundaba entónces el colejio, i aquí fué donde puso los primeros fundamentos de aquellas excelentes virtudes que le hicieron despues tan célebre i recomendable. Dios lo protejió, ciertamente, usando de la espresion del profeta Rei "desde el amanecer i al despuntar del dia."

Preparado ya, i como paladeado, digámoslo así, con el suave gusto de la piedad relijiosa, la Providencia que le destinaba para servir de modelo de desprendimiento del mundo, en un teatro mas brillante que Cali, dispuso que los señores sus padres, viéndole ya iniciado en la práctica de la virtud, le proporcionasen cultivar su entendimiento en el Colejio de Nuestra Señora del Rosario de Bogotá. Entónces fué cuando con la mas asidua aplicacion a los principios filosóficos, dió a conocer el jóven Cuero el sublime talento, la viveza de imaginacion, la feliz memoria de que estaba dotado, haciendo rápidos progresos en las materias mas árduas con satisfaccion i aplauso, no solo de sus concolejas i maestros, sino de todos los demas eruditos de aquella capital que lo cono-

(1) Regum. 1-22.

cieron, i presenciaron los exámenes que dió. ¿ Pero cuál fué el fin que se propuso en el estudio de las ciencias? No fué ciertamente la vanidad o el deseo de brillar en la sociedad lo que le obligó a enriquecerse de conocimientos i luces; su espíritu, su corazón que anhelaba por consagrarse a Dios en el ministerio eclesiástico i la vida regular, le hacia emplear gustosamente todo su tiempo en las tareas literarias, i así, no tuvo mas fin que el hacerse idóneo para servir a Dios i salvar su alma. Prueba incontestable de esta asercion era el recato, la modestia, la conducta cristiana que admiraban en él los que le trataban de cerca; él era para los otros jóvenes sus condiscípulos, un ejemplo vivo de piedad, de devocion, de consagracion al culto divino i de santas obras; bien diferente de aquellos que en la carrera de las ciencias, no buscan otra cosa que su elevacion i su fama; su objeto no es ciertamente el investigar la verdad para seguirla, sino el satisfacer a la vanidad o a las pasiones que combaten la verdad. Por eso en vez de que los talentos que solo se hicieron para conocer el bien i practicarlo, los reformen i santifiquen, les sirven solo para pervertirse, i cuanto mas se cultivan en las ciencias, mas se apartan del objeto para que se hicieron las ciencias; i léjos de considerar que todas las ventajas que les resultan de sus conocimientos, si no las santifica la virtud, no son mas que nombres, porque todo es vano i transitorio; miran esas ventajas como cosas reales i positivas i se figuran la virtud como cosa de puro nombre.

El joven Cuero pensaba mui de otro modo, i por eso, no contento con el jénero de vida virtuosa i edificativa que habia adoptado en el siglo, formó la resolucion de retirarse absolutamente de él, para ir a vivir en la religion, solo con Jesucristo, o mas bien para morir con él, sepultado al mundo i a sus esperanzas: este es, sin duda, uno de los pasajes mas interesantes de su vida, i uno de los mas capaces de llamar nuestra atencion; porque, ¿ a

quién no admirará, el ver un jóven de las circunstancias del que hablamos, que en lo mas florido i lozano de su edad, cuando empezaba a gozar de la mejor reputacion i fama por sus elevados talentos i prendas exelentes; la prudencia i cordura de su carácter, las comodidades, las estimaciones de que gozaba en la ciudad mas populosa de Granada, debian aficionarlo i retenerlo en el siglo; cuando se le abria la puerta para entrar en el templo de la fortuna i de la gloria, cuando el mundo, con todo lo que tiene de risueño i lisonjero le convidaba a disfrutar de una vida deliciosa; léjos de dejarse cautivar de sus encantos, conoce que todo es vanidad, todo ilusion: tiembla de caer en los lazos que se le tienden, ve que el camino que se le presenta bajo sus piés, es un camino sembrado de flores, pero que le conduce al precipicio; i huye inmediatamente de un mundo seductor para ir a esconderse en el retiro de un convento, i a cubrir con un humilde sayal, sus prendas eminentes? El mayor elogio que hace la Escritura del justo Tobías, es el decir "que cuando todos los demas iban a adorar los becerros de oro, i a celebrar fiestas sacrílegas, él solo se ocupaba de ellos para ir a la casa del Señor, a ofrecerle lo mas precioso de sus bienes." (1) ; No podremos decir pues, que el Señor Cuero, separándose de los que adoraban los ídolos de las riquezas, de los placeres i grandezas de la tierra, para ir a sacrificarse a sí mismo a Dios, en su casa, la religion, es digno, dignísimo de nuestras admiraciones i elogios, cuando su conducta fué tan semejante a la del justo Tobías?

La recoleccion de San Diego de Bogotá fué para él, como para Samuel en otro tiempo, la soledad de Silo, el centro de su corazon i el lugar de su reposo; i como era la voz de Dios la que le llamaba, mui presto se le vió empezar la grande obra de su santificacion. Por mucho que yo os dijera de las exelentes virtudes que se mani-

(1) Tob. cap. I. v. 5.

festaron en él, creed que me hallaria mui léjos de exajerar; aun viven algunos de sus contemporáneos en la provincia de franciscanos de Bogotá que lo conocieron i admiraron su conducta relijiosa, i yo mismo he tratado a varios que han venido aquí, de los cuales unos lo conocieron personalmente, i otros tuvieron noticia de su relijiosidad, llenándolo de elogios. Su recojimiento i abstraccion, su aplicacion a todas las virtudes, su puntual observancia de la regla i constituciones del órden, le hacian mirar como uno de los mas ejemplares hijos de aquella santa provincia; su afecto fraternal para con los demas relijiosos, su carácter dulce i bondadoso, le hicieron dueño, por decirlo así, de todos los corazones, preciándose todos de contraer con él una cordial amistad, pudiéndosele decir con gran razon, lo que dice de Elias el Eclesiástico: “dichosos los que te vieron i se honraron con tu amistad.” (1) Pero esta amabilidad del Sr. Cuero, no era sino la consecuencia de la humildad en que se distinguió singularmente. La humildad es la virtud mas poderosa para atraer las voluntades, es como un perfume suave i precioso que recrea i llena de delcites a quienes lo perciben; pero la humildad es mas apreciable, cuando la persona que se humilla está mas elevada, porque cuando está mas elevada, mas se le agradece el que descienda con las amabilidades de la humildad. Esto le sucedió cabalmente al Sr. Cuero: los grandes progresos que hizo estando en la relijion, en el estudio de las matemáticas, de la teología i del derecho canónico en que obtuvo grados con aplauso, movieron a los prelados a nombrarle catedrático de teología i que lo hiciesen tambien secretario de provincia aun ántes de ser sacerdote, ministerios mui honrosos en aquellas provincias, que no se encargan sino a sujetos de mucho mérito, i que él desempeñó con plena satisfaccion. Pero ¿cuáles os parece que eran entónces los sentimientos que él mani-

(1) Ecl. 48-II.

festaba? se le vió acaso envanecerse haciéndose desapacible a los que le trataban? ; miraba con desprecio a los que le eran inferiores en talentos o se empleaban en los mas humildes ministerios de la religion? Testigos los que le conocieron; léjos de dejarse deslumbrar con el brillo del honor o de la fama, conservó constantemente su moderacion i trato familiar hasta con los mas pequeños e infelizes de la comunidad, i esto era lo que le conciliaba todos los afectos; i al modo que aquellos árboles altos a quienes la fuerza de los vientos obliga a inclinarse ácia la tierra, la humildad le hacia abatirse hasta los mas inferiores, señal palpable de que era buen hijo del humilde San Francisco.

Pero no es esto todo: la humildad del Sr. Cuero le inspiró la resolucion de incorporarse en este Colejio de Misiones. Las estimaciones, los respetos, la celebridad que se iba adquiriendo en la capital, le hacian temblar del peligro de caer desvanecido en el abismo de la perdicion; i como al renunciarlo todo, para consagrarse a Dios en la religion, se habia propuesto por fin el vivir desconocido, viéndose ahora lisonjeado i solicitado del mismo mundo de quien trataba de huir; determina venirse a un lugar, ménos notable, donde no teme estos peligros. Tal es la condicion de la humildad, el ser estimada i celebrada por lo mismo que tiembla de serlo, i cuanto mas huye de la gloria, mas le sigue la gloria a todas partes, verificándose siempre la sentencia del Salvador: "todo el que se humilla será ensalzado." Incorporóse, pues, en el Colejio disponiendo Dios que este astro que ya empezaba a lucir en Bogotá por sus virtudes i talentos, difundiese tambien entre nosotros sus luzes bienhechoras, que este Escriba virtuoso i sabio en el reino de Dios, se reuniese aquí con los otros sacerdotes del Colejio, para ser una de sus columnas i para ser útil a Cali no ménos con sus consejos i doctrina, que con los ejemplos de su virtud i piedad: esta fué sin duda la disposicion de Dios

sin cuya voluntad nada sucede; pero las intenciones de él, no eran sino el preservarse de las sujestiones de la vanidad que trae siempre consigo la gloria mundana para poder arreglarse mas estrictamente a las santas prácticas i deberes de su órden, i por eso no solo se le vió perseverar, sino adelantarse mas i mas en las virtudes propias de la vida relijiosa, mereciéndose el aprecio, las consideraciones, los respetos de todos los relijiosos moradores del Colejio; i desde ese tiempo hasta en el que fué elevado a la dignidad episcopal, tengo la satisfaccion de saber que los vecinos de Cali, que vosotros mismos que me ois, habeis sido testigos presenciales de la relijiosidad i pureza de su vida. Nosotros los que habitábamos con él i le tratábamos de cerca, admirábamos el fondo de piedad i de virtud que le adornaba; la pobreza de la regla de que era estremadamente celoso; la obediencia a los superiores i a las leyes de la relijion, que era como el alma de todas sus acciones; la modestia, que le hacia tan moderado, que a pesar de sus profundos conocimientos, cuando se discutia o consultaba alguna materia, él solo callaba, i era necesario le instasen a decir su parecer, que siempre era lleno de solidez i de doctrina; la oracion que parece se le habia hecho familiar, pudiendo muy bien llamarse, "hombre de oracion;" la mortificacion que le hacia añadir otras austeridades a las de la regla. De aqui dimanó el que los padres del Colejio, lo eligiesen Prelado en sus capítulos, hasta por cinco vezes, lo que da bien a conocer, cuán complacidos i satisfechos se hallaban los padres del Colejio de la rectitud i buen acierto con que desempeñaba este oficio; porque, en efecto, él se manifestó dotado de todas las cualidades que requiere la prelación regular, i la pintura que nuestro Seráfico Padre hace de un buen prelado de su órden, le cuadra tan bien al Señor Cuero, que parece estaba haciendo su retrato. Celoso de la observancia regular, se desvelaba porque se cumpliesen los preceptos de la regla

con esactitud. Puntual en las distribuciones de comunidad, él era el primero en la asistencia a los ejercicios piadosos. Compasivo con los enfermos, cuidaba con el esmero de un padre, de que se les asistiese i aliviase en lo posible. Vijiante en el buen órden de la casa, ponía toda su aplicacion en corregir o evitar, cuanto era dable, los mas pequeños defectos. ¿Quién podrá alabar bastantemente su prudencia en el gobierno de los súbditos? Él obraba fuerte, pero suavemente; procuraba remediar los males, sin exasperar los ánimos: curaba las llagas, sin lastimar a los enfermos: cuidaba de que llenasen todos su deber; pero acomodándose a la necesidad de cada uno, les dispensaba de aquello que no era tan preciso, i que no podian hacer sin mucha pena, haciendo sentir a todos que el yugo de Jesucristo, no solamente en el espíritu sino hasta en lo exterior, es en realidad, suave i amable. Pero, señores, yo me haría interminable si intentara esponeros por menor todas las pruebas que dió el Señor Cuero de haber sido un religioso ejemplar; sus virtudes son tantas i tan exelentes, quanto son constantes i notorias a todos: virtudes que lo hicieron apto para llenar debidamente el santo ministerio del sacerdocio, i así os manifestaré que él fué un sacerdote fiel a su ministerio.

SEGUNDA PARTE.

○ Procurar la gloria del Señor i la salvacion de las almas, reconciliándolas con Su Majestad, es el fin con que instituyó Dios el sacerdocio. La suprema potestad de dispensar a los fieles los misterios santos, no tiene otro motivo que el santificar a estos, i dar a Dios con su santificacion, el honor que le es debido. De esta sublime verdad se sigue necesariamente que para corresponder los sacerdotes a su divina mision, deben estar animados de la mas sincera caridad para con Dios; porque, ¿cómo sería posible defender con zelo los intereses de Dios, sin amar al mismo Dios, haciendo toda su gloria de ser-

virle personalmente i de hacer que otros le sirvan? Pues este amor para con Dios, este zelo por la gloria de su nombre, es el que produce la fidelidad en el cumplimiento de las funciones del sacerdocio; por eso al prometer al pueblo de Israel que le daría un buen sacerdote, hizo especialmente mencion de esta cualidad, diciendo: "Yo suscitaré para mí, un sacerdote fiel que obrará segun mi corazon i segun mi alma" (1).

Bien podemos decir, señores, hablando del Sr. Cuero, que fué un sacerdote fiel; fiel por el fervor singular con que se le vió ejercer las santas funciones del sacerdocio; fiel por la gustosa i eficaz disposicion que se notaba en él para cumplir sus deberes, por la consagracion con que se aplicaba a imponerse hasta de lo mas mínimo, para no faltar en un ápice a las obligaciones del ministerio; por el zelo que lo abrasaba para defender las verdades de la relijion, contra los errores i las dudas; fiel en fin, por la incansable constancia con que trabajó en cultivar la viña del Señor.

Como fué la mano de Dios la que le colocó en el alto puesto del Santuario, lo ocupó mui digna i cumplidamente, i así, ¿con qué afectuosa devocion, con qué edificante compostura i gravedad no le vimos acercarse al altar, para ofrecer al Padre, la hostia de propiciacion por los pecados del mundo? ¿con qué minuciosa exactitud no observaba él los ritos prescritos por la Iglesia, para celebrar con decoro i dignidad los adorables misterios? ¿con qué espíritu de amor i de tierna gratitud, no le veíamos, despues de la misa, absorto en la meditacion, deteniéndose mui largo tiempo, en la accion de gracias i dando a conocer que, el pan anjelical i el vino místico, lo alimentaba i lo confortaba mas i mas en la piedad? Desde que entraba en la sacristía, se mostraba todo poseido de la sublime funcion que iba a practicar, guardando un profundo silencio, sin confabular con nadie; re-

(1) 1.º Regum. 2-35.

vestido de una devota compostura. La celebracion de la misa, es la mas divina de todas las acciones del ministerio sacerdotal; i así pide mas atencion, mas respeto, mas pureza de alma, mas ferviente devocion i amor para con Dios. Allí el ministro sagrado, dice el Apóstol, como mediador entre Dios i el hombre, ofrece dones i sacrificios por los pecados del pueblo, (1) i así debe hallarse penetrado de afectos de caridad i de una veneracion profunda. El Sr. Cuero conoció i practicó mui bien esta doctrina; i yo confieso que me llenaba de edificacion i ejemplo, siempre que le veia celebrar.

De estos sentimientos piadosos nacia, sin duda, aquel zelo de la casa del Señor que le abrasaba. Penetrarse de inquietud i llenarse de amargura al saber o leer las impiedades que se propalaban o los escándalos que plagaban los pueblos, era en él una cosa natural, i hasta en su mismo semblante se mostraba en tales ocasiones, la ajitacion, el disgusto i el acerbo dolor que le despedazaba el corazon: el ardor i el entusiasmo con que se esforzaba en reprender, en instruir, en suplicar en la cátedra de la verdad, era admirable: víósele muchas veces cuando ejercia este ministerio, enardecerse i como salirse fuera de sí mismo con la violenta fuerza del espíritu i del zelo que le dominaba. Entónces, sacando del fondo de erudicion i de doctrina de que estaba enriquecido las mas sólidas razones i mas luminosos principios, combatia con una fuerza soberana el vicio i el error. Yo quisiera poseer esa instruccion, esa solidez, esa vehemencia, ese fuego, esa persuasiva, esa eficacia de sus palabras, para ponderar lo ardiente de su zelo: seria preciso poseer estas cualidades del Sr. Cuero, para pintar dignamente al mismo Sr. Cuero; vosotros le oísteis muchas veces, i creo que conoceréis que estoi mui léjos de exagerar en lo que digo. Con cuanta razon, pues, no podremos decir de él, lo que dice de Levi el profeta Malaquias

(1) Ad Heb. — 5 — 4.

(1) “que la lei de la verdad estuvo siempre en su boca, i que sus labios, como los del sacerdote fiel, de quien habla el mismo profeta, fueron los depositarios de la lei por la ciencia de la salud.” (2)

Pero no limitó su consagracion a solo el ministerio de la predicacion evangélica: sabia mui bien que la mision del sacerdote se ordena a santificar i salvar a las almas con la aplicacion de los méritos de Jesucristo, i que en consecuencia de esta mision, el Señor ha instituido el sacramento de la reconciliacion o penitencia que purifica las almas, i que aquí es donde se verifica literalmente, que se coje el fruto, i así se consagró a este ministerio mui frecuente i provechosamente, cogiendo en el confesonario el fruto de la semilla que sembraba en el púlpito. Pero ¿i con qué caridad i prudencia no administraba este saludable sacramento? El mismo zelo que le devoraba i que le hacia tan vehemente en la cátedra sagrada, lo hacia tierno, compasivo, afable en el ministerio de oír confesiones. Yo le oí repetir este consejo del Apóstol: “cuando viéreis que el hombre ha caído en algun delito, empeñaos en instruirle i corregirle con lenidad i prudencia”; consejo que él practicó mui cumplidamente con cuantos pecadores llegaron a sus piés: aun cuando algunas de las personas que por mucho tiempo estuvieron arregladas a su direccion; ellas pueden atestiguar esta verdad mucho mejor que yo. ¿Qué amabilidad en su trato! ¿qué dulzura en sus palabras! ¿qué inabarcable paciencia para oírlos i disimular sus defectos! ¿qué fondo de doctrina en sus instrucciones, i qué acierto i firmeza en sus consejos! ¿No es cierto que por cruel e insoportable que fuese la tribulacion de su espíritu, se levantaban de sus piés como el enfermo de la piscina a quien sanaba el ángel, consolados i curados de las enfermedades de su alma? De este modo como un fiel ministro de Dios, atraía a los pecadores con dulzura i lenidad

formaba eficazmente. Pero ademas de la administracion de este sacramento ¿cuántas otras pruebas no dió constantemente el Sr. Cuero de ser un fiel ministro de Dios? El instruir i formar a los demas en las ciencias o en la sana doctrina de la religion es, segun San Pablo, una ocupacion mui propia del ministerio sacerdotal. Puesto el sacerdote, como dice el mismo Apóstol, “para condolerse de los que ignoran i yerran,” nunca se empleará de un modo mas digno de su profesion que cuando se dedica a ilustrar los entendimientos de conocimientos útiles a la religion o a la patria. Verdad que tiene en su apoyo los ejemplos de santos sacerdotes, santos a quienes venera la Iglesia, que se santificaban cabalmente en el ejercicio de instruir a los demas, i verdad que el Sr. Cuero practicó mui bien. ¿Qué interes tan decidido no tomó en instruir la juventud en la Sagrada Teología i ciencias eclesiásticas, consagrándose a este ministerio con una absoluta aplicacion, con un afecto i agrado que daba bien a conocer el intimo desseo que lo animaba de formar ministros hábiles que sirviesen a la iglesia i a la santificacion de los fieles? Yo apelo aquí al testimonio de tantos sacerdotes que ahora desempeñan dignamente el ministerio eclesiástico; ¿a quién debieron ellos las luces de que están enriquecidos i también las máximas de virtud i de piedad de que se hallan imbuidos, sino al esmero piadoso i amable con que este hombre esclarecido se dedicó a formarlos para el sacerdocio? ¡Oh, el mérito del Sr. Cuero en esta parte brillará con un eterno esplendor, i su memoria permanecerá grabada en el corazon de estos dignos sacerdotes con una inmortal gratitud! De este modo, no contento con haberse consagrado personalmente a las funciones del ministerio, halló el medio de multiplicarse a sí mismo en sus discípulos i prorrogó mas allá de su muerte, sus servicios a la iglesia.

— ¿I qué diremos, señores, de la disposicion en que se hallaba de servir en todo lo demas haciéndoles a todos

el bien posible? En virtud de su carácter sagrado se consideraba como ministro público i procuraba como San Pablo (1) “hacerse todo para todos para ganarlos a todos;” los ignorantes lo mismo que los sabios, los pequeños como los grandes, los pobres como los ricos, todos hallaban en él un padre i un amigo tierno a quien acudir confiadamente en todas sus desgracias. Siempre amable, siempre caritativo i dispuesto para hacer el bien posible, a todos les hacia fácil la práctica de la virtud, obligándolos con su afabilidad i prudencia, a reformar sus costumbres. ¿Qué familia atribulada con trabajos, o qué persona particular hubo jamas, si lo buscaba, que no hallase en él o el remedio o el consuelo? ¿Quién le interesó jamas en algun asunto o empeño que no le hallase presto a complacerlo si él podia? Ciertamente él fué todo para todos para ganarlos a todos. Un hombre de este carácter, ¿no inspira el deseo de que se inmortalize en la tierra? ¿No inspira el deseo de que se consagre siempre para el bien de muchos, o de que no le comprenda la funesta lei de la mortalidad? ¿Oh mortalidad! ¿fatal condicion del linaje humano, qué estragos tan terribles no hace a veces i qué golpes no nos da siempre que nos lastiman i laceran el corazon! La muerte es siempre el castigo del pecado, es un mónstruo que nos intimida i espanta; pero cuando las víctimas que escoje para sacrificarlas a su saña, son las mas preciosas i mas caras: cuando sus furias se ceban en aquellos hombres interesantes i amables, cuya pérdida nos sumerje en el llanto i la amargura, no hai duda que entónces se manifiesta mas cruel i mas formidable; ¿nos arrebatara ahora al Sr. Cuero, i al privarnos para siempre de su vista en esta vida, nos quita uno de nuestros mas grandes recursos i nos deja el alma traspasada de dolor! Adoremos los decretos del Altísimo; él es quien dispone de sus criaturas, i él ha dispuesto de este justo llamándolo para sí, como lo

(1) 1.ª Ad Tim.—5—17,

creemos. Su pérdida nos es demasiado sensible, es verdad, i tenemos mucha razon para llorarlo; pero no olvidemos que somos cristianos para resignarnos, i enjuguemos nuestras lágrimas buscando en el padre de las misericordias i Dios de consolacion, el lenitivo de nuestras aflicciones.

Todas estas prendas i virtudes del Sr. Cuero llamaron la atencion i le conciliaron un afecto i un respeto jeneral; por mas que su modestia le indujese a un desconocido, sus brillantes cualidades debian necesariamente descubrirlo; era imposible que esta antorcha permaneciese siempre escondida bajo el celemin, i la representacion nacional del año de 1841, proveyó en su persona el obispado vacante de Popayan, elijiéndole para prelado de esta diócesis, nombramiento que todos aplaudieron con entusiasmo. El mismo Sr. Cuero, apénas podia creer que él hubiese sido elevado a la dignidad episcopal, i cuando lo supo oficialmente, tembló al considerar la grave responsabilidad que iba a contraer delante de Dios i de los hombres; no veia en el obispado lo que tiene de halagueño, sino lo que tiene de penoso; conocia que esto mas es carga que cargo, que por glorioso que sea el peso de este ministerio, siempre es enorme, i que aunque las delicadas obligaciones de un obispo son cadenas de oro por ser tan honrosas, siempre son cadenas; i no obstante su gran capacidad para llenar este alto oficio, no se cree apto para él, i trata de renunciar inmediatamente. Pero era Dios quien lo ordenaba i ya tenia redactado su oficio para elevarlo al Gobierno renunciando, cuando los clamores contínuos de las personas sensatas, las frecuentes cartas que las mas respetables le escriben de Popayan suplicándole con instancia que no renuncie, i especialmente el Sr. Arzobispo que le manifiesta tiene obligacion de admitir, haciéndolo responsable para con Dios si renuncia; le dan a conocer que es la voluntad de Dios se encargue de este ministerio i se someta confiado en su proteccion para el esacto

desempeño; el feliz efecto dió a conocer esta proteccion, siendo, como lo vamos a ver, un prelado verdaderamente apostólico.

TERCERA PARTE.

Siendo una verdad de la religion que, los obispos son los sucesores de los Apóstoles i que en ellos no se hace mas que continuar en la iglesia el ministerio que Jesucristo confió a los primeros fundadores de la misma iglesia: por una consecuencia necesaria, deben estar animados de un espíritu apostólico, haciendo todo su estudio de imitar la vida i las costumbres de sus santos antecesores, tomándolos por modelos en el gobierno de sus Diócesis. Cuidad, les dice San Pablo, de vosotros i de toda la grei, que os ha encomendado el Señor (1). Dos deberes esenciales al ministerio de los obispos, i de que dieron los Apóstoles un sublime ejemplo: cuidar de sí mismos para santificarse i cuidar de apacentar la grei de que son pastores; deberes que aun pueden reducirse a uno solo, i que es la vijilancia, la que el mismo Apóstol encarga mui particularmentê a Timoteo: "*tu vero nígila.*" (2)

El Reverendo Sr. Cuero se persuadió bien que debía observar esta vijilancia i la observó perfectamente. Tan luego como la consagracion divina lo elevó a la dignidad de Pontífice, puso todos sus esmeros en perfeccionarse mas i mas en una santa vida i en conducir a sus ovejas por la senda de la santidad al redil de Jesucristo; observó como los apóstoles en su persona, un trato decente pero moderado; su vestido sencillo aunque propio del decoro de un obispo; su casa sin mas adornos que los necesarios al porte de un príncipe de la Iglesia; su mesa frugal pero decente; su familia la mui indispensable, i la que solo se aumentaba con los infelizes a quienes alojaba i sostenia. Todo esto da a conocer que él se empeñaba en imitar a los apóstoles. ¿I qué orden i qué arreglo no estableció en el gobierno doméstico? Su pa-

(1) A.A.-20-28—(2) Ad Tim.-1-5

lacio no parecia sino un claustro religioso, donde reinaba el silencio, i donde al entrar uno parecia que percibia no sé que olor de santidad que llenaba de edificacion i ejemplo. Él parecia siempre absorto en la meditacion, recogido constantemente en el interior de su retrete. Todo el mundo sabe que sus palabras, sus modales, sus costumbres todas eran puras i edificativas.

Pero cuando velaba sobre sí mismo no se olvidaba del pueblo de que estaba encomendado; qué esfuerzos no hizo para reformar las costumbres, para mantener en el clero la disciplina i el buen órden, para contener los abusos i desórdenes que se introducian entre los fieles! Las declamaciones continuas que hacia contra los errores en materia de relijion, ofreciéndose a sí mismo a Dios en sacrificio por su pueblo; las cartas pastorales que espidió exhortando a todos a conservar la creencia de la Iglesia i la moral cristiana; la incontrastable constancia con que sostuvo los derechos de la jurisdiccion eclesiástica; el interes que tomó como visitador delegado de nuestro Colejio de misiones, porque se conservase la observancia regular, i los autos de visita que proveyó, llenos de disposiciones santísimas; los ejercicios privados a que asistia con nosotros cuando estaba en Cali, atrayendo a ellos a los eclesiásticos, i los que daba públicos en Popayan, con un aprovechamiento admirable: las medidas a que ocurrió para reorganizar i formalizar el seminario; los empeños que hizo para que se decretase por el Gobierno la mision del Darien, con el fin de que aquellos indijenas saliesen de las tinieblas de la ignorancia i del error a la luz de la verdad; son pruebas incontestables de la vijilancia esmerada con que cuidaba de sus ovejas.

Pero esta vijilancia se manifestó mejor en la visita que hizo en casi todo el obispado: verdadero imitador de los apóstoles, se propuso recorrer todos los pueblos que pudo de la diócesis, para cumplir como ellos, el deber que Jesucristo les impuso de ir por todas partes a

enseñar a todas las jentes, lo que él les habia mandado. (1) I no contento con haber hecho la visita en las provincias de Popayan, Buenaventura i Cauca, arreglando todos los negocios, dejándolo todo bien establecido, emprendió ir a recorrer toda la costa i la provincia del Chocó, pudiendo él decir lo que decia el Salvador a los que le querian detener en sus países: "Convienes que yo vaya a otras ciudades a anunciar el reino de Dios, porque para esto he sido enviado." (2) Porque ; qué oposicion no halló el Sr. Cuero cuando resolvió hacer esta mision? todos le improbaban la empresa como temeraria i espuesta, anunciándole mil funestos resultados, representándole mil inconvenientes; pero por grandes que ellos fuesen, él se resolvió a vencerlos, i ni los caminos ásperos i peligrosos, ni su poca ajilidad para emprenderlos, ni su falta de recursos, ni la malignidad de los climas, ni la injuria de los temporales: nada le arredra, nada le detiene; él quiere dar la vida por sus ovejas si es necesario, i pone en ejecucion su designio. Animado del impulso de su zelo, va volando de pueblo a pueblo i de lugar a lugar con una ajilidad i un ardor que llenaba de admiracion a sus compañeros de viaje, buscando la oveja perdida por todas partes, predicando, confesando, revalidando matrimonios, reconciliando entre sí a los disidentes, administrando la confirmacion, partiendo el pan espiritual a aquellos infelizes que distantes de los curatos privados de sacerdotes, vejando una vida casi salvaje, carecian hasta de la instruccion necesaria i de los ausilios mas indispensables para salvarse. ; I cuantos otros beneficios no les dispensó el Sr. Cuero que eternamente recordarán aquellos pueblos? él los socorria con limosnas, proveia a todas sus necesidades en lo que podia, los consolaba i aliviaba en todas sus desgracias; él fué entónces para aquellos pueblos, como las lluvias del cielo cuando caen copiosamente sobre la tierra

(1) Mat. c. 28-29.—(2) Luc. c. 4-48.

árida i estéril por mucho tiempo con la sequedad del verano: la refrezcan, la fertilizan i preparan para que se colme de frutos. I así ¡qué de bendiciones no daban a su benéfico pastor! ¡qué emociones de júbilo i placer no le espresaban al acercarse a ellos! ¡i qué dolor i sentimiento no experimentaban, cuando se les separaba, bendiciendo siempre su nombre i su memoria!

Esta virtud de la misericordia fué en el Sr. Cuero la virtud favorita, la virtud de su corazón, resplandeciente en él de tal manera, que si hubiera poseído, como en otro tiempo S. Carlos, rentas cuantiosas i pingües, no hubiera quedado en su diócesis indigente alguno; hubiera sido otro San Carlos. Él era para los pobres como un árbol cargado de frutos, a donde van todos a proveerse: yo sé mui de positivo que mientras tuvo proporcion sostuvo algunas familias pobres, señalándoles pensión: i vosotros todos que le conocísteis, sabéis tambien de positivo que su corazón estaba en las manos, i que nunca se hallaba mas contento que cuando podía hacer el bien al menesteroso: entónces brillaba en su semblante un agrado tan dulce i placentero, que parecia lo comunicaba a todos los demas. Era tal la inclinacion que lo animaba a socorrer, tan viva la compasion que le inspiraba la miseria ajena, que cuando carecia de recursos para aliviarla, se llenaba de dolor i de inquietud manifestando tanto sentimiento al indigente, que lo consolabamos con la pena de no poder socorrerlo, que lo hubiera podido hacer, socorriéndolo, o mejor dicho, él sentia mayor dolor de no poder dar, que el pobre de no recibir. ¡Cuántas veces no se privaba a sí mismo, aun de lo mas necesario para favorecer a otros! ¡Cuántos infelizes ya sanos, ya enfermos, no hallaban en él (a pesar de la escasez de sus recursos) un oportuno remedio! Él hacia la refecion del pobre de su propia penuria i escasez.

Unas virtudes tan amables, ¡no debian conciliarle el aprecio i la veneracion comun? Su beneficencia, su dul-

zura, ¿no debian granjearle los corazones de todos? Sí, todos le amábamos i le respetábamos i nos derramábamos en sus elojios: nosotros pedíamos al cielo nos conservase a nuestro buen Prelado, cuya existencia nos interesaba tanto, i aun creíamos tener motivo para esperar que lo poseeríamos algun tiempo: al verle todavía vigoroso i sano, lleno de vida i de salud, ni aun teníamos que nos faltase tan pronto; cuando un accidente mortal i al mismo tiempo imprevisto no quisiera continuar, la muerte del Sr. Cuero nos es demasiado sensible para que pueda recordarse con calma; apénas se supo en Popayan que el Prelado estaba de muerte i ya se derramó por todas partes la turbacion, la inquietud; todos tiemblan de que les llegue a faltar su bondadoso Pastor; todos acuden al palacio ansiando la conservacion de su preciosa vida; la ciudad parece desolada, presentando un aspecto lúgubre i funesto; los pobres lloran sin consuelo la pérdida que ya tienen de su protector i su padre; los médicos agotan todos los recursos de su arte para darle la salud; los sacerdotes de uno i otro clero rodean su lecho para consolarle i pedir al cielo por él penetrados de afliccion, i parece que le dicen lo que los discípulos de San Martin a aquel santo obispo *¿ cur nos pater desseris autem nos desolatos relinquis?* Las personas mas notables de aquella exelente ciudad se apresuran a prestarle todos los socorros, como queriendo contener materialmente a la muerte para que no descargue sobre él el golpe fatal; pero Dios habia determinado llamarle para sí, i su santa voluntad debia cumplirse; la muerte nos lo arrebató por fin i nos sumerje en un abismo de llanto i de dolor; este era sin duda el golpe mas cruel e insorportable que podíamos recibir: ya está dado...la diócesis de Popayan ha perdido uno de sus mejores Prelados, la relijion uno de sus mas zelosos defensores, el clero, su mayor recurso i ornamento, los pobres su alivio i su remedio, Cali el mas ilustre de sus hijos, los fieles to-

dos un vigilante Pastor i un modelo de virtudes. I nuestro Colejio de Misiones? ¡Ah! Nuestro Colejio ha perdido una de sus mejores columnas, su padre, su protector, su esperanza, su gloria, su todo, en fin, i no nos queda a todos mas que el dolor de haberlo perdido: dolor verdaderamente justo i razonable; pero que la religion nos manda moderar enseñándonos que todo es obra de una sábia Providencia que lo dispone todo para nuestro bien, que Dios es siempre nuestro padre, i un padre justo e ilustrado que conoce mejor que nosotros nuestros verdaderos intereses i que así debemos arrojarnos en sus brazos con la plena confianza de que nos proveyerá del remedio: dolor que la misma religion nos manda santificar, tomando motivo de nuestras pérdidas para prescindir de los afectos terrenos, a imitacion del mismo Sr. Cuero; sus virtudes i solo sus virtudes pueden haberle merecido, como piadosamente lo creemos, una inmortalidad feliz; todo lo demas que el mundo aprecia i que tanto deslumbra a los mundanos, no es mas que ilusion i mentira. Nuestras mas brillantes grandezas, nuestra gloria, nuestros bienes, nosotros mismos no somos mas que el patrimonio de la nada en el presente tiempo; nuestra vida, como aquellas exalaciones que apénas aparecen en la atmósfera, apénas brillan a nuestros ojos, cuando se disipan i deshacen, no dura sino un solo dia, pues al acabarse será como si no lo hubiera sido. ¿Qué se ha hecho todo el tiempo que habeis vivido hasta aquí? ¿i qué vendrá a ser del que vivireis despues? ¡Ah! Él se os escapará con la misma rapidez que el pasado, i se llevará consigo cuanto hubiércis disfrutado.

Volved los ojos a esta tumba, ella es la espresion del dolor, que un prelado amable ha producido en los corazones: la iglesia misma se cubre de luto i se manifiesta inundada en llanto i amargura por haber perdido su esposo i defensor; i en fin, este es un solemne monumento erijido a la memoria de un hombre esclarecido.

Pero qué! ¿no podrémos decir tambien que este es un solemne monumento de nuestra nada, una leccion bien espresiva de la inestabilidad de la vida? Sí, ella nos da a nosotros en rostro con nuestra mortalidad, i nos avisa que tambien ha de llegar para nosotros ese último dia, en que nos desapareceremos para siempre de la tierra. ¿I aun os halláis distraidos i encantados con las vanas ilusiones de este mundo? Pues esperad un poco de tiempo, i llegareis a aquel momento en que las cosas del mundo se miran con otros ojos; esperad un poco de tiempo i todo ese fantasma de felicidad que ahora os alucina, desapareciendo a vuestra vista, os hará conocer con evidencia que no era mas que fantasma; sí, esperad un poco, i os pesará mui cruelmente el haber entregado a la vanidad i las pasiones, una vida que solo se os dió para consagrarla a Dios i a la observancia de su lei. ¿Qué locura, el vivir entretenidos con gozes efimeros i aparentes, olvidando el único negocio que nos interesa! ¿Qué desgracia, el limitar todos los cuidados a solo lo transitorio, esponiéndose a sufrir una suerte cruel e insoportable que durará eternamente! He aquí las reflexiones saludables que esta lúgubre funcion debe inspirarnos. El nombre del Sr. Cuero se immortalizará en la tierra, i confiamos que tambien en el cielo; pero por qué? No porque poseyó grandezas temporales, sino por el buen uso que hizo de ellas, refiriendo a Dios todos sus bienes i todas sus obligaciones; él ha dado ya una estricta cuenta de toda su conducta en el tribunal divino, i si ha merecido induljencia, no es porque vivió como grande, sino porque vivió como justo. Imitémosle, pues, si queremos ser sólidamente felices. I por si aun está detenida su alma por sus faltas en el lugar de la espacion, supliquemos al Padre de las misericordias por su reposo i su gloria en la mansion de los justos.

Cali 3 de setiembre de 1851.

NOTICIA BIOGRAFICA

DEL ILLMO. SR. DR. FRAI FERNANDO CUERO I CAICEDO.

Justo un sémita, quam luxspléndens,
procedit et creócit usque ad perfectam
diem.—(2ROV. c. 4, v. 13.)

Parece que la Providencia divina en ninguno de los acontecimientos ordinarios de la vida humana, se propone hacer una ostentacion mas solemne de su sabiduria infinita, que cuando en fuerza de sus sublimes e inescrutables designios abruma a los miserables mortales con la pérdida funesta de los que por ella misma están destinados para ser la luz brillante, el faro tan deseado por los que, navegando en este mar proceloso del mundo con todas sus abominaciones, deseamos con ansia llegar al puerto de nuestra verdadera salud. Sí, el Ser por excelencia, aquel en cuya presencia lo mas grandioso i magnífico de la tierra nada es, nos ha sometido el 7 del mes corriente, a una prueba terrible de nuestra resignacion a su supremo querer, privándonos con el fallecimiento de nuestro prelado ordinario el Sr. Dr. Frai Fernando Cuero i Caicedo, de un padre tierno i amoroso, de un amigo bondadoso i agradable. El Sr. Cuero no era de aquellos hombres comunes a quienes ya por ciertas consideraciones de familia, ya por un acto de reconocimiento a algun servicio prestado, o ya en fin, por motivos innobles, se les tributan homenajes i recuerdos necrológicos que a la verdad no merecen. No, no es de tal naturaleza el elogio que en bosquejo consagramos hoy a la memoria de este ilustre personaje. Su infancia, su adolescencia, su virilidad, su senectud, en fin, fueron otros tantos crisoles en que el Señor quiso purificar esta alma grande i privilegiada en esta vida de peregrinacion, para darle despues en su mansion eterna la corona de la inmortalidad.

Nació el Sr. Cuero en esta ciudad a fines del año de 1780, de unos padres, cuya acondrada piedad prometia por sí sola lo que sería con el tiempo este hijo de bendicion. En efecto, desde aquella edad en que el alma aun no es susceptible de la deformidad horrenda que le causan los vicios, i en que la gracia divina la mantiene mas resplandeciente que el sol, se vió al Sr. Cuero dedicado en el templo i fuera de él, a aquellos ejercicios de religion i de piedad compatibles con la debilidad de su cuerpo, i que hacian predecir lo que él podría ser en el curso i término de su vida mortal, segun la sentencia del oráculo infalible *adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea*. A la verdad, mas tarde, cuando ya por el estado de su razon podia conocer, que el mundo con todos sus halagos i seducciones nada nos brinda que

pueda contentarnos i satisfacernos; cuando ya se penetró de la verdad tremenda del *Evangelio*, *unum est necessarium*, se resolvió a buscar en la soledad del claustro la salvacion de su alma, esta cosa necesaria que tanto nos recomendó nuestro Señor. Con tan santa resolucion, pidei se le da a los quince años poco mas de su edad, el hábito de novicio en el Colejio de Misioneros franciscanos de esta ciudad. Una parte del año del noviciado había trascurrido, cuando un acontecimiento inesperado le obligó a interrumpirle. Desea perfeccionarse en el estudio de aquellos ramos convenientes para ser mas útil a la Iglesia i al Estado, i con tan laudable objeto se dirige a Bogotá. Llega a esa capital, i sin pérdida de tiempo viste la beca de alumno interno en el Colejio de Nuestra Señora del Rosario: cursa en él la filosofía con un aprovechamiento distinguido. Terminado este estudio, se aviva en él su vocacion sincera por el estado relijioso; i sin un momento de perplejidad se encamina a la recoleta de San Diego: recibe allí nuevamente el hábito de novicio, i hace en él su profesion relijiosa; inscribiendo de este modo su nombre en el catálogo de los dignos hijos del gran Santo de Asis. Se propuso coronar su carrera literaria, i con tal objeto cursó los ramos de Teología en el convento máximo de franciscanos de aquella capital, para verse, despues honrado con el grado de doctor en esa facultad, que se le confirió en la célebre Universidad Tomística. Abrió entónces el Provincial la visita de los muchos conventos que habia en la provincia, i bien persuadido del mérito relevante del Sr. Cuero, le designó para el importante destino de su secretario. Fué entónces que, a la edad de veinticuatro años, recibió en Cartajena de manos del Ilustrísimo señor Liñan, las órdenes sagradas hasta el presbiterado. A su regreso a Bogotá rejentó con lucimiento en el Colejio de San Buenaventura la cátedra de Teología hasta el año de 1809, en que, habiendo vuelto a su suelo natal, se incorporó en este Colejio. Ya en ese tiempo el Sr. Cuero era un relijioso muy distinguido i estimado por su ilustracion; pero mas que todo, por sus eminentes virtudes. Sus mismos condiscípulos i concolégas que habia dejado en el Colejio del Rosario, i con quienes es de suponerse habia tenido relaciones íntimas i familiares, le admiraban, i se rendian a las pláticas elocuentes que solia darles en los ejercicios anuales del establecimiento.

Se abre en 1810 una nueva era para el pueblo granadino i para muchos otros del vasto continente de Colon. Todos ansian por desatar los lazos que los unian a la metrópoli española i entrar de esta manera en posesion de los derechos que los hiciesen pertenecer a la gran familia de las naciones. Se traba una lucha sangrienta entre los que entónces obtenian el poder i los que aspiraban a ser independientes, i el Dios de las victorias protege la causa de los segundos, dándoles la palma del triunfo en todos sus combates. En ella no tuvo una parte pequeña el

señor Cuero, no porque se le viese empuñar la espada del guerrero, ni enrolarse como soldado en las filas de los independentes. Sus servicios fueron de otro jénero; pero no ménos importantes i fructuosos. Sus predicaciones constantes, sus exhortaciones, sus consejos, fueron como un rocío precioso que debía fecundizar el jéermen del mas puro patriotismo que se encontraba en el corazon de cada uno de los caleños. ¡Cuánto no debe la causa de la independencia i libertad del sur de la Nueva Granada a los relijiosos franciscanos de esta ciudad, i entre ellos al señor Cuero! La junta gubernativa que se organizó en esta ciudad, i que preparó las fuerzas que en 1811 destruyeron en Palacé las que mandaba el Gobernador español don Miguel Tacon, le honró con el nombramiento de su secretario, que desempeñó a satisfaccion de los respetables miembros que formaron aquella corporacion.

Cuando en 1813 el jefe español don Juan Sámano, invadió el Cauca, el señor Cuero se vió precisado a retirarse a la provincia de Antioquia con otros relijiosos compañeros suyos. ¡Feliz expedicion la que le proporcionó la brillante ocasion de hacer oír sus penetrantes i elocuentes razonamientos en apoyo de nuestros derechos e intereses patrios! La provincia importante de Antioquia voló inmediatamente a las armas, i una gran porcion de sus valientes hijos inmolaron sus preciosas vidas en las aras de la patria. No era posible que los esfuerzos patrióticos del señor Cuero, que tan notables eran por su trascendencia, quedaran sin el condigno castigo, cuando por los pasajeros triunfos del Jeneral español don Pablo Morillo, tuvimos la desgracia de ver en nuestro suelo al Coronel Warleta en 1816. En esa época de tristes recuerdos para los hijos del Cauca, se vió el Sr. Cuero aherrojado i condenado a sufrir los mas grandes ultrajes i privaciones. Mas en medio de estas persecuciones, siempre estuvo en accion su ardiente caridad i ejerció fructuosamente su decidido patriotismo, ya atendiendo a las familias atribuladas, ya llevando sus consuelos a las cárceles, i ya tambien salvando i ocultando cuidadosamente a los mas comprometidos de sus compatriotas, i aun a muchos sujetos respetables de Bogotá, como los Sres. Jral. Joaquín Ricaurte, Juan de D. Olano, i Fernando Hernández, patriotas distinguidos que así pudieron escapar de las garras de los titulados pacificadores. Pero bien sea porque el aspecto grave i circunspecto del señor Cuero impusiese a Warleta, como en un tiempo impusiera al cruel Atila el aspecto, continente i la comitiva del gran Leon, o bien porque la Providencia se propusiese protegerle de un modo especial, lo cierto es que él felizmente no fué condenado al ostracismo a que lo fueron algunos compañeros suyos, a quienes en partida de registro se mandó a España. Si tan útiles i oportunos fueron los servicios que el señor Cuero prestó en favor de la causa de la independencia de su patria, no lo fueron ménos los que hizo por la ilustracion de la juventud, i por la

conservacion de la moral evanjélica. Por doce años rejeñtó la cátedra de Teología en el colegio de santa Librada, i el clero de esta capital, que en lo jeneral posee una suficiente instruccion para el desempeño de las altas funciones de su ministerio, es un testimonio vivo i elocuente de la consagracion con que procurara su instruccion tan digno maestro. Por quince años rijió tambien en calidad de Prelado regular, el colegio de misioneros franciscanos de esta ciudad, este semillero de hombres insignes por su ciencia i por su piedad. Bajo el doble carácter de maestro i de Prelado, el señor Cuero contribuyó de un modo indirecto, pero eficaz, al sostenimiento de la sana moral, preparando al efecto abundantes operarios evanjélicos. ¿Pero cuánto no hizo él mismo por tan sagrado objeto en la cátedra de la verdad, cuando animado del zelo ardiente de un San Pablo por las glorias del Señor, atacaba el vicio en sus trincheras, e inculcaba en el ánimo de sus oyentes la obligacion de cumplir con sus leyes i mandamientos? Tomando en sus discursos por modelo a aquel gran Apóstol, su lenguaje era claro, agradable i persuasivo; siendo tan constante en la predicacion, que, sin hipérbole, pudiera aseverarse, que en los 50 años poco ménos de su ministerio, muy pocos le habrán aventajado en esta tarea noble i augusta.

Pero llegamos ya al año de 1841, en que el Congreso de la República, sacándole de su retiro, le designó para ocupar la silla episcopal de esta Diócesis, que en ese mismo año habia vacado por fallecimiento de su predecesor el Illmo. Sr. Salvador Jiménez. La silla apostólica espide la bula de su institucion, i el 18 de setiembre de 1842 recibe en Bogotá el don de la consagracion, de manos del respetable e Illmo. Sr. Arzobispo, Dr. Manuel José Mosquera. Desde este dia empieza para el señor Cuero una vida ménos silenciosa que la del claustro; pero mas brillante para la Iglesia de Dios i mas provechosa para sus verdaderos hijos. Colocado ya en la cátedra de los Apóstoles, preciso es que se redoble su zelo i vijilancia por el esplendor de la casa de Israel, cuidando de las ovejas que el Supremo Pastor habia puesto bajo de su cuidado; preciso es que se le haya visto sosteniendo con el Jefe de la República ciertas cuestiones en que se interesaba la disciplina jeneral de la Iglesia, i que imite en esto la conducta de un San Gregorio, de un San Juan Crisóstomo, de un Santo Tomus de Cantorbery; preciso es en fin, que le hayamos oido anunciar con mas frecuencia las verdades evanjélicas, i con aquel tono i majestad que le daba la autoridad divina de que se hallaba investido.

Bien notable se hizo para los contemporáneos i la posteridad el corto tiempo de su episcopado por dos acontecimientos grandes i trascendentales. Fué el primero la visita canónica de casi toda su dilatada diócesis, en cuyos fragosos caminos tuvo que arrostrar los riesgos mas inminentes, i sufrir las penalidades consiguientes a su avanzada edad i a su poca aji-

lidad corporal. Pero como el Buen Pastor del Evangelio, poco era esto para él, si a lo ménos lograba poner sobre sus hombros una oveja siquiera de las de su aprisco, pero descarriada, i librarla así de las garras del lobo infernal. No fué ménos grandioso el segundo acontecimiento; la reorganizacion del Seminario Conciliar. Este establecimiento por varios motivos, entre otros i acaso el principal la falta de fondos, se hallaba en una decadencia completa. El Sr. Cuero, segun hemos sabido, de acuerdo con algunas personas de Popayan, proyectó la venida de unos profesores que costaban poco i hábiles para la direccion e instruccion de la juventud. Se piden a Europa para tales profesores religiosos de la Compañía de Jesus: se prepara de un modo adecuado el edificio del Colejio; llegan aquellos; se hace la convocatoria del caso, i con la solemnidad que era de esperarse se instala aquel con un número considerable de alumnos en febrero de 1848. Grandes esperanzas se conciben, mil felicitaciones se dan los padres de familia porque se ha abierto para sus hijos un plantel de educacion, cuyo régimen interno merece su confianza; el alborozo se manifiesta en el semblante de los habitantes de Popayan. Pero; ah! que, por una fatalidad harto lamentable, una sola plumada bastó para que viésemos frustradas tantas esperanzas, i convertidas en lágrimas de dolor las que, quince meses ántes, se vertieran por el júbilo que les causara aquel fausto acontecimiento. Los Padres Jesuitas fueron expulsados del territorio granadino, i su espulsion envolvió la ruina consiguiente del Seminario que estaba a su cargo. Fácil es concebir ahora cuanto sufriría en su espíritu el Sr. Cuero con este golpe fatal, viendo en un momento disipados tantos esfuerzos, tantos sacrificios, tantas fatigas, tantas molestias..... No era posible que él, a pesar de su robustez, sobreviviese mucho tiempo a tan profunda pena; preciso era que pronto sucumbiese, i sucumbió dejando sumidos en el dolor mas acerbo a sus deudos, a sus amigos, a sus diocesanos todos que le lloran, como lloraron los Israelitas en un tiempo a su caudillo i a su legislador: "*fleverunqve cum filii Israël in campestribus Moab triginta diebus.*"

Venid todos los que participais de nuestros sentimientos i contemplad sobre la helada tumba del varon esclarecido a quien hoy deploramos, la honestidad virjinal de un José, la paciencia inalterable de un Job, la sublime beneficencia de un Tobías, i la humildad profunda de un David; imitémosle en sus relevantes virtudes, para que con él cantemos en la patria de los vivientes el himno eterno de alabanzas al Señor.

Call, 24 de agosto de 1851.

A LA INMORTAL MEMORIA DEL R. SR. OBISPO DR. FR. FERNANDO CUERO I CAICEDO
QUE FALLECIO EL DIA 7 DE AGOSTO DE 1851.

IN MEMORIA BEATAE VIRIT JUSTUS. PSALM. XIII. V. 7.

SONETO.

Ved como muere el justo, el inocente,
El que constante a Dios habia servido;
I aunque de duras penas combatido,
Siempre humilde sufrió, siempre paciente.
Tal fué, pues, el Pontífice eminente,
Del Serafín de *Asis* hijo querido
Que Popayan lamenta entristecido,
Derramando su llanto cual torrente.
Era el Padre del pueblo, a quien amaba,
Del infeliz i el pobre un gran consuelo,
Con el grande i el pàrvulo alternaba,
I era mirado como DON del Cielo;
Mas ¡ai! que ya no existe. ¡ Quién pensara
Que tan preciosa vida se acabara!

ALCOSIN AURITUE.

Cali, 20 de agosto de 1851.

DECIMAS.

Llora, llora rebaño desgraciado,
Pues todo, todo en tu pastor perdiste,
Tienes mucha razon para estar triste
Y a un agudo dolor abandonado.
¡ Ai! ¡ Quién se apiadará del desdichado?
¡ Quién servirá de amparo al desvalido?
Quién al huérfano, al pobre, al afijido
Prodigará socorros i consuelo?
Nadie ¡ oh Dios Santo! pues llevaste al cielo
Al que tu imájen en la tierra ha sido.

¡ Iglesia Payanense! ¡ No conoces
La irreparable pérdida que has hecho?
¡ Por qué te late con violencia el pecho?
¡ I por qué exhalas doloridas voces?
Sigue, sigue llorando, no reposes
Que el golpe ha sido cruel, ha sido fiero,
Cual de un Dios poderoso i justiciero
Que para castigar nuestros pecados
Nos deja sin Pastor i abandonados,
Quitándonos al santo obispo Cuero.

OCTAVAS.

Faltole a Cali el hijo esclarecido
Que formaba su gloria i sus blasones,
A la Iglesia un Prelado distinguido,
Su lumbrera al colegio demisiones.
A la virtud el tipo mas cumplido,
A la ciencia el mejor de sus campeones.
En el ilustre Cuero todo estaba;
I faltándonos él, todo se acaba.

Pasajero, no sigas, no, detenta,
Repara en esa tumba venerable,
Que contiene al varon mas eminente,
Al obispo mas santo i respetable.
Sus restos terrenales soamente
Logré apagar la parte inexorable,
Mas su memoria en nuestros pechos vive.
I a su alma noble el mismo Dios recibe.